Educación y enseñanza

Pandorado Ensayo

Francisco Giner de los Ríos

Educación y enseñanza

PANDORADO

PANDORADO

Título original: *Educación y enseñanza*
[s.n.] 1889
Francisco Giner de los Ríos

Primera edición: julio de 2023

© de esta edición: PANDORADO
© de la cubierta y maquetación: Roberto Cuña
info@pandorado.es
www.pandorado.es

Coordinación editorial: Feliciano Novoa
Corrección: Javier Martínez López
Diseño gráfico y composición: Roberto Cuña
Imagen de cubierta: Kenyon Cox. *Estudio para el panel de La Educación, en la rotonda del Capitolio del Estado de Iowa* (1907, modificado digitalmente)
Cortesía de The Cleveland Museum Of Art

Utilizada bajo licencia creative commons

ISBN: 978-84-18653-13-1
Depósito legal: VA 63-2022

Impresión: Calprint Digital
www.calprintdigital.com
Impreso en España - Printed in Spain

El editor autoriza la reproducción de este libro,
total o parcialmente, por cualquier medio,
siempre y cuando se destine a su uso personal y no comercial.

Este libro está impreso en un papel ahuesado
y calificado como ecológico.

ÍNDICE

Prólogo a la colección 11

Introducción 19

Cómo empezamos a filosofar 31

La regularidad en el trabajo 41

La crítica espontánea de los niños en Bellas Artes 47

Sobre la educación artísticas de nuestro pueblo 55

El Ayuntamiento de Madrid y el juego de los niños 59

Los problemas de la educación física 65

El espíritu mecánico en la educación 71

Lo que necesitan nuestros aspirantes al profesorado 75

Maestros y catedráticos 83

Un peligro de toda enseñanza 93

Sobre los deberes del profesorado 99

Las vacaciones en los establecimientos de enseñanza 105

Más sobre vacaciones 117

La aglomeración de alumnos en nuestras clases de facultad 121

Más contra los exámenes 131

Sobre el estado de los estudios
jurídicos en nuestras universidades 137

La verdadera descentralización en la enseñanza del Estado 153

Grupos escolares 167

Sobre la educación técnica en
la Institución Libre de Enseñanza 179

Biografía Francisco Giner de los Ríos 209

PRÓLOGO A LA COLECCIÓN

Esta colección de biografías y ensayos perdidos nace con vocación de recuperar y volver a reivindicar algunos de los textos menos leídos de importantes autores nacidos en el siglo XIX. Se trata de ofrecer, por la vía de la narrativa y el ensayo principalmente, una visión de carácter plural del pensamiento y la literatura a través del relato biográfico.

La colección, de carácter amplio en su sentido más biográfico, no solo cuenta con autores españoles, sino también con algunos de fuera que tuvieron una notable influencia en la escritura, imaginarios y anhelos de la época como Rubén Darío o Giuseppe Garibaldi.

La decisión de editar de nuevo estos libros no puede sino corresponder a la voluntad por parte del equipo de Pandorado de poder leer los textos escritos en primera persona de algunos de los protagonistas literarios nacidos en el siglo XIX. En cada uno de los volúmenes encontramos reflexiones, preocupaciones, análisis, ideas y pensamientos que formaron parte de las grandes figuras de su época. De entrada, la decisión de recuperación de estas obras tiene que ver, y se encuentra en relación con la colección ante-

rior, «Escritoras inolvidables del siglo XIX», incorporando la obra biográfica y de reflexión, entendiendo la importancia de cuestiones como la educación, el papel de la cultura y la prensa escrita, la posición de España en el mundo, las influencias filosóficas —tanto patrias como extranjeras—, la crítica literaria, viajes y vivencias, así como el nacimiento del movimiento obrero.

Algunos textos de la colección se prepublicaron total o parcialmente en periódicos y revistas, sufrieron reescrituras o refundiciones en sucesivas ediciones librescas. En Pandorado hemos querido que estos textos se lean con una enorme fidelidad a las antiguas ediciones, pero en ediciones revisadas y corregidas con esmero y dedicación.

Por otra parte, sobre la variedad de títulos y declaración de intenciones, si prestamos atención a los límites genéricos entre memorias, recuerdos y autobiografías, etc., cuyos contornos se desdibujan y el foco de atención puede resultar impreciso, hay que aclarar que las memorias han sido caracterizadas por insertar sucesos en series temporales que tienden a fortalecer la conciencia de identidad imprescindible para indagar el sentido de la vida personal en sus conexiones históricas, ideológicas o estéticas.

Tradicionalmente se ha supuesto mayor voluntad y hondura estética en el autobiógrafo, y mayor superficialidad y agilidad periodística en quienes presentan sus textos como memorias, donde la concentración autobiográfica se extiende hacia el mundo exterior al ámbito vital del sujeto; se puede decir que en esta forma literaria los contextos mantienen un equilibrio, o incluso adquieren mayor

relevancia que las vicisitudes individuales del relator, alternando referentes públicos y privados. En cambio, la autobiografía como género se sustenta en un discurso egocéntrico —monólogo autobiográfico— que admite mayores dosis de subjetividad e intimismo y por ello más proclive a la transfiguración expresiva. No atañe a este tipo de testimonios personales la especulación sobre lo no vivido, la memoria autobiográfica se reduce a los límites de la experiencia consciente.

Si algo queda claro a primera vista en la dispersión literaria de estos autores y obras seleccionadas es que no venían a competir con la ciencia histórica ni a sustituirla, sino a colectar y archivar hechos presenciados, captados a modo de instantáneas fotográficas para «resucitar impresiones» y establecer contrastes entre lo viejo y lo nuevo.

A esto hay que añadir que la mayoría de ellos participaron de forma sucesiva y simultánea en universos sociales variados y en posiciones diferentes dentro de ellos. Esto implica que sus tomas de posición literaria estuvieron influidas por factores diversos procedentes de su situación concreta no solo dentro del campo literario, sino también en relación con otros ámbitos y condicionamientos sociales: el campo político, el religioso, el género, etc. Atender a la confluencia de este conjunto de circunstancias, en ocasiones encontradas, permite explicar cambios discursivos aparentemente contradictorios.

La producción literaria de los autores se inscribió en un contexto histórico en el cual se estaban produciendo rupturas y continuidades en la propia definición del Estado

liberal —por lo menos hasta la década de los años 40 del siglo XIX—; la crisis del Antiguo Régimen, la legitimidad de Cádiz, las guerras carlistas, dieron paso a tensiones políticas entre monarquía y república bajo los distintos gobiernos, sucediéndose transformaciones de las propias instituciones políticas, la creación del mercado nacional, la organización de la clase trabajadora con la llegada de los postulados socialistas, siendo la época de la Restauración, tras el fracaso republicano y la pérdida de las últimas colonias tras guerra contra los Estados Unidos la que marcó el final de siglo y el comienzo del siglo XX.

En definitiva, esta colección nace de la voluntad de recuperar textos que han sido, seguramente, menos leídos que las obras más conocidas de autores considerados en su mayoría como clásicos del siglo XIX; pero con el reto y la decisión de entender la literatura en castellano desde la diversidad, con nuestro mejor deseo y placer por la lectura.

Javier Martínez López

El pensamiento no es, contra lo que vulgarmente se dice, una esfera distinta y aún opuesta a la vida; sino parte de esta, cuyo desarrollo sigue exactamente.

F. Giner de los Ríos

Los artículos que siguen están tomados del *Boletín de la Institución libre de Enseñanza* y no son en realidad sino unas cuantas notas entresacadas de mis diarios, extracto de las observaciones, tanteos, ensayos, rectificaciones que mis compañeros y yo venimos haciendo trece años ha en nuestra escuela, verdadero laboratorio y primera fuente de todas nuestras ideas pedagógicas. Esta preciosa experiencia, hemos tenido los más de entre nosotros ocasión de extenderla todavía, ora en las universidades, ora en los institutos, ora en las Escuelas Normales, o en otras consagradas a la educación superior de la mujer, ora en varios órdenes de la enseñanza pública y privada. Y, como resultado del mutuo comercio constante de nuestras observaciones, impresiones e ideas, son las presentes notas, más bien que fruto de un trabajo individual y resumen de opiniones personales, expresión, en lo general de ellas, del espíritu común lentamente formado en el seno de la Institución y que hace de esta un cuerpo vivo, con un alma entregada por entero, en la corta medida de sus fuerzas y a la par con otros elementos sociales, a estudiar los graves problemas que conciernen a la reforma de nuestra educación nacional.

Digo «reforma» y casi debería más bien decir «creación»; hasta tal punto nos hallamos distantes de haber entrado, en cuanto a la realidad y a lo interno, que no en la vana apariencia de leyes y decretos estériles, en el movimiento de los pueblos cultos; pese al falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba. Porque una nación que, para no hablar sino de los términos extremos de la serie, mantiene universidades como las nuestras, destinadas por ministerio de la ley —y aun por vocación interior— a repetir el catecismo de los malhadados exámenes; que tiene sus normales por bajo del nivel a que intentó elevarlas hace cincuenta años la generosa ilusión de Montesino; escuelas primarias a cuyos maestros paga (mejor diría «debe») un salario inferior al del más harapiento bracero[1], y, por supuesto, al que les satisfacen, no ya Portugal nuestro hermano, sino los Estados del Danubio; mal puede tener otra política, ni otra ciencia, ni otra magistratura, ni otro clero, ni otra milicia, ni otra agricultura, ni otra industria, ni otros alcaldes, ni otros ingenieros, ni otro comercio, ni otra hacienda, ni otro profesorado, ni otra marina, ni otra policía, ni otra administración, ni otras costumbres, ni otro bienestar, ni otra civilización, que los que tiene; y gracias. Al residuo de naturaleza humana que providencialmente aún nos queda es al que debemos solo eso poco y malo que tenemos todavía.

1 · Hay 800 maestros que tienen asignado un sueldo que no excede de 125 pesetas anuales. Entre ellos, los hay que perciben —cuando tienen esta suerte— 10 céntimos diarios; y por último, algunos carecen de sueldo y son mantenidos por turno por los vecinos: después de todo, casi escapan mejor que los otros.

Compramos el derecho de hablar de esta suerte a precio de todas nuestras energías, puestas con inquebrantable tesón al servicio y amor de la patria, por cuyo renacimiento casi nada hacemos; pero este «casi nada» es todo cuando podemos. En ello nos agotamos sin sacrificio y con honda alegría, predicando hasta a los que no quieren oírnos, uniendo a la censura el remedio, hasta donde nos es dado conocerlo y decirlo; y a la teoría, el ejemplo constante, aunque lleno de dudas, arrepentimientos y fracasos por la escasez de nuestras fuerzas de todas clases; con que, cayendo y levantando, mostramos al menos voluntad perseverante de comprobar o rectificar nuestra idea en la experiencia y a la vista de todos. Alejados de la política, donde es nuestra creencia que se malgastan grandes esfuerzos para resultados mínimos, estamos siempre prontos a dar, sin embargo, un consejo, y ayudar a poner mano en las reformas gubernamentales, apenas por rara extravagancia de la suerte se juntan allá en las alturas un relámpago de buen sentido y una disposición benévola para nuestros ideales; persuadidos, no obstante, de que casi todo cuanto en este orden auxiliemos a levantar está condenado por largo tiempo a ser destruido, no bien el relámpago pasa y la corriente de la vulgaridad y de los lugares comunes recobra, como es ley, su natural y hasta legítimo imperio; viéndolo derrumbarse con serenidad y sin ira, prontos a volver a la brecha, no bien nos la entreabra en sus veleidades la fortuna.

Todas las campañas de esta clase tienen sus obstáculos. Sin salir de la propia esfera en que luchamos, no solo nosotros, sino todos cuantos pugnan por sacar a la enseñanza de su actual desolación, basta acordarse del benemérito Montesino, con cuya obra fuera inmodestia comparar

la de la Institución (salvo en la común tendencia y buen deseo) y a quien ya hoy ponen —en teoría— sobre el candelabro, queriendo darnos con su luz en rostro, aquellos mismos que cincuenta años ha se empeñaban en ponerle el celemín por montera. Las ideas que han agotado su virtualidad, los organismos cadavéricos, los intereses seculares y hasta las preocupaciones de los antiguos sistemas, son otras tantas fuerzas resistentes cuyo rozamiento disminuye, por ministerio de la naturaleza, la velocidad con que los ideales devienen. Al servicio de estas fuerzas, por tantos estilos respetables y muchas de las cuales han prestado favor y beneficio (allá en sus días) a la cultura patria, se ponen también, como siempre, las pasiones de todas clases, generosas y abyectas: la noble ilusión de perpetuar el pasado, la codicia de acaparar siquiera lo presente; el amor a privilegios y formas ya inútiles, pero por tanto tiempo consustanciales con nuestra vida; el sentimiento de la propia inferioridad y el despecho ante el desvío en que nos va dejando a la margen la historia; hasta la rebelión del esclavo, que no quiere ser libre… todo ello se junta aquí, como en todas partes, solo que a un nivel algo más bajo, como lo es nuestro estado intelectual y moral. Desdichado el que pierda, no ya en responder a la insolencia con la insolencia, sino en estériles disputas, el tiempo y las fuerzas de que todos hemos menester para nuestra obra: por desgracia, aun así son bien insuficientes. Las minorías —y todos cuantos quisiéramos remover la educación nacional somos una minoría aún, y lo seremos largo tiempo— no tienen por único deber investigar, censurar, ensayar, propagar; no solo han de ser perseverantes, incorruptibles y enérgicas, sino sufridas, mesuradas e indulgentes. Dejarse contagiar por la pasión con que se revuelven las mayorías decrépitas; perder el respeto a cosas

y personas, incluso a los hombres malignos o poco sinceros, que harta desgracia tienen en su pecado y que por obrar así no dejan de ser hombres, ni de llevar el signo de Dios en la cara, sería proceder como el niño, que se irrita contra la piedra con que tropezó; como el maestro que reprende al niño porque se porta como tal; o como el misionero que se encoge y lamenta de la rusticidad, pasión y malos tratos de las tribus salvajes, cuya humanización y cultura tiene precisamente él por ministerio.

La causa de la educación y la enseñanza está mal ahora entre nosotros, principalmente, porque el marasmo del siglo XVII y la revolución del XIX han interrumpido a porfía y, casi por completo, la evolución natural de sus institutos; y esta suspensión de desarrollo ha endurecido y semipetrificado, cuando no destrozado y triturado su organismo, privándolo de la flexibilidad necesaria para adaptarse gradualmente a las actuales condiciones. De aquí la irritación de esos institutos, excusable en la crisis que hoy sufren: no quieren morir, ni trasformarse, ni consentir la condensación de los nuevos centros de vida que engendra la necesidad, apenas comenzada a sentir, y de donde temen con sobrada razón que ha de venirles su mudanza o su muerte: que no sé de cierto cuál de las dos más teman. En presencia de esta crisis hay que proceder a un tiempo con tesón y con humanidad: curando la llaga sin contemplaciones, pero con amor y misericordia hacia el enfermo, atenuando hasta el último límite sus dolores y soportando sus imprecaciones con indulgencia infinita.

Además, estas resistencias naturales, por implacables que sean, tienen sus ventajas. Obligan con su hos-

tilidad y sus entorpecimientos a poner cada vez mayor circunspección en lo que pensamos, queremos, decimos; a examinar con mayor detenimiento los problemas, a contener nuestra precipitación, a reconocer nuestros errores, a rectificar nuestras soluciones y procedimientos, a tener más modestia en cosas tan complicadas y difíciles, a comparar lo grande del fin con la pequeñez y cortedad de nuestros medios, a renunciar a la infalibilidad, a escudriñar en el fondo de nuestra conciencia nuestros móviles, a ser más severos con nosotros mismos y más humanos para con los demás, a elevar cada día más alta la mirada y a hacer más recta y pura la conducta. ¡Cuántos hombres honrados y hasta incorruptibles no habrían quizá llegado a serlo de faltarles la poderosa ayuda del encarnizado afán de sus adversarios para hallar en su vida una mancha! ¡Bendita mil veces la divina ley que del mal saca el bien y lo trae por fuerza a servir y valer para encaminar la humanidad a su destino!

Por otra parte, las luchas de hoy día no son ya como las que hicieron tan heroica la vida de nuestros mayores. Cada vez la cultura va limando las garras a la fiereza humana y dando a las resistencias conservadoras, todavía en nuestro país tan desapoderadas, mejor inteligencia de las cosas, mayor modestia, modos más compatibles con la vida civil. Después de todo, correrá el tiempo, y los ciegos verán, y andarán los tullidos, y la historia consolidará de todas nuestras empresas lo que haya de incorporarse al fruto de las empresas pasadas, y barrerá lo inútil; las minorías se harán mayorías; las fuerzas que hoy pugnan por andar adelante se tornarán freno y contrapeso para las nuevas energías que suscita la renovación perenne de las cosas; y gracias si no se

petrifican, como ahora lo están entre nosotros, no por ley invencible, sino por esa parálisis morbosa que ha sufrido nuestro desenvolvimiento nacional.

Si no me equivoco al declarar este espíritu como el espíritu de la Institución, mal se puede temer que, por nuestra parte, contribuyamos lo más mínimo a traer sobre la patria una situación semejante a la que la campaña en pro de la reforma pedagógica ofrece en otros países (en Austria, más aún en Francia, y acaso todavía más en Bélgica), donde se acentúa un fenómeno que en otros pueblos no presenta —al menos por hoy— tanta gravedad, a pesar de las tentativas de los conservadores holandeses y de la inquietud, hoy apaciguada, que promovió hará un año la información escolar en Inglaterra.

Es notorio que en toda la Edad Moderna, singularmente en los últimos siglos, la vida social se ha venido secularizando en todas partes en reacción contra el sistema medieval; secularización que, si en el fondo, a mi entender representa, como el liberalismo contemporáneo y como tantas otras crisis, un movimiento relativamente necesario y bienhechor, tomado servilmente a la letra y no en su representación universal (donde no caben semejantes interpretaciones), conduce para muchos al ateísmo, tácito o expreso, en la vida, como al positivismo dogmático y a la proscripción de lo trascendental en la ciencia. Ahora bien, entre varias razones, acaso esta sea la principal de que en ciertos pueblos la causa de la educación y la enseñanza tradicionales —como de diversos intereses del Antiguo Régimen— se haya hecho por unos y por otros solidaria de la causa de la religión. Los que podríamos llamar partidos

religiosos, católicos o protestantes, llevados por la índole de su significación, y a veces por vocación sincera, a interesarse en los problemas que tocan a la vida superior del espíritu, han tomado casi en todas partes sobre sí la obra de influir hondamente en la educación: influjo legítimo y aun beneficioso cuando no lo impurifican pasiones e intereses exclusivos. Entre nosotros, esos partidos vienen atravesando profunda crisis que los divide, no en los matices graduales de toda comunión racional de personas, sino en verdaderas facciones que ásperamente se desgarran, sin que la invocación de un ideal común baste siquiera a moderarlos. Pero, así y todo, constituyen un elemento importante, cuya fracción gubernamental, injerta en el bando conservador, no sin repugnancia del espíritu laico, revolucionario y escéptico de este, le ha traído tanta fuerza, como contrariedades y disgustos al imponerle algunos, por lo menos, de sus compromisos.

Claro se vio, por su mal, cuando esta fracción puso mano desde el poder en la enseñanza pública, originando dolorosos conflictos. Verdad es que, entonces, lejos de mostrar una preparación sólida para abordar los graves y complejos problemas que pretendía de plano resolver, cedió al prurito de improvisación, tan extendido entre nosotros; y en vez de una obra nacional, aunque en el sentido de sus principios y de sus obligaciones, emprendió una atolondrada e informal desorganización de esa enseñanza, donde se mezclaban, entretejían y destejían con precipitación vertiginosa, soluciones de mera ocurrencia con despojos arrancados, casi literalmente, de legislaciones exóticas, sin tomarse el trabajo, no ya de adaptarlos a nuestras necesidades, mas de disimularlos siquiera. El más grave ejem-

plo que dieron muchos de sus hombres fue, sin embargo, el de una falta de sinceridad tan aparente que contrista el ánimo pensar hasta qué punto se han contagiado del vulgar maquiavelismo al uso en nuestra sociedad descreída la noble inteligencia, amplia cultura y brío de tantos pensadores ilustres: cuando no deben el prestigio de su causa en el mundo sino a su severa censura de la inmoralidad política reinante y a su proclamación de un orden ético superior en la vida.

Pero cualquiera que, desde el poder o fuera de él, sea en lo por venir la participación de esas tendencias en la obra de la educación nacional; ora pugnen con afán generoso por formar el espíritu interno de esta educación, que es hoy hasta donde cabe un mecanismo inerte, como cuerpo sin alma, e inspirándose en su ideal y consagrándose a él con amor y devoción austera, colaboren pacíficas a la redención intelectual y moral de la patria; ora por el contrario se empeñen más y más en los derroteros de la política dominante y no tema compartir sus vicios, su egoísmo, su perfidia, su rencor venenoso, creo poder esperar que la Institución, respetando la diversa actitud que los partidos liberales adoptasen acaso, por desgracia; dejando a cada cual que allá con su conciencia se las haya, y contemplando con dolor, mas sin remordimiento, la cruel situación que por culpa de estos y de aquellos venga en su día a engendrarse, jamás adquirirá, como hasta hoy no la ha adquirido, la grave responsabilidad de tomar parte en la implacable lucha de hiel y de exterminio que aflige en tantos pueblos la obra sagrada de la educación nacional: obra que en tan gran parte —mucho mayor de lo que el espíritu sectario de los unos y los otros presume— está por encima de las más

hondas divergencias y pudiera y debiera ser labor común, a que todos los hombres de buena voluntad coadyuvasen con análogo espíritu en fraternal alianza. *Regnum divisum desolabitur* [2]. Y ya está el nuestro bastante dividido.

Septiembre de 1889

2· La expresión latina se suele traducir como «todo reino dividido contra sí mismo queda desolado».